

El Liceo Piquer: un ámbito para la convivencia de las artes en la segunda mitad del siglo XIX*

Ana M^a FREIRE
UNED (Madrid)

Introducción

El trabajo que ahora presento es continuación o segunda parte del que publiqué con el título *Literatura y sociedad: los teatros en casas particulares en el siglo XIX*, que le sirve como amplia introducción y marco¹.

Me resultó entonces interesante comprobar que la construcción de teatros en el interior de viviendas privadas cobraba un auge inusitado a mediados del siglo XIX, coincidiendo precisamente con la desaparición, el mismo año 1851, del teatrillo que la reina Isabel II había hecho construir en el interior del Palacio Real, y que existió dos años escasos, y el del Liceo Artístico y Literario.

En unos momentos en que la vida social estaba en pleno apogeo, la desaparición de aquellos dos centros de reunión -sobre todo del segundo-, unido al estado de los teatros públicos², a cierta estabilidad política, y en consecuencia a una mejora del nivel de vida, facilitó la construcción de teatros privados donde los aficionados al teatro, a la música y a las artes en general, daban funciones en las que los intérpretes y el público eran con frecuencia las mismas personas. Y esto no ocurrió solamente en los palacios de la nobleza, sino en las viviendas de las clases más o menos aco-

* Este trabajo se inscribe en el proyecto de investigación *La vida escénica española en la segunda mitad del siglo XIX y en el primer tercio del siglo XX* (HUM 2006-02641), en el marco del Plan Nacional de Investigación Científica, Desarrollo e Investigación Tecnológica.

1. A. M^a Freire López, *Literatura y sociedad: Los teatros en casas particulares en el siglo XIX*. Madrid, Artes Gráficas Municipales, 1996.

2. Solo se exceptuaba el Teatro Real. Fernández de Córdoba en sus *Memorias íntimas* es muy explícito a este respecto. Por su parte Fernández y González se expresa así en una reseña de prensa sobre el Liceo Piquer: “creemos que dentro de algunos años, iremos a buscar algo de arte a los teatros de sociedad, porque no lo encontraremos en otra parte.” (*La Discusión*, 8-III-1863). Opinión coincidente con la de Leandro Ángel Herrero en *La Violeta* (15-III-1863), a propósito de la interpretación de *Norma*: “Tal es, en resumen, el éxito de este acontecimiento musical, de este milagro artístico realizado maravillosamente por los esfuerzos de una sociedad particular, que, si camina siempre por tan acertada senda, llegará a ser única depositaria de la tradición del arte, hoy, que sometido la presión de hierro del mercantilismo, se pronuncia en derrota en los teatros públicos para refugiarse en estos templos del buen gusto, abiertos por una mano noble y desinteresada.”

modadas que se lo podían permitir. Uno de los más célebres, y desde luego el más duradero³, fue el Liceo Piquer.

Su historia no ha sido fácil de reconstruir. Cuando, en 1913, escribía Emilia Pardo Bazán en una de sus crónicas de *La vida contemporánea*: “Me pregunto qué van a saber de nosotros nuestros nietos, si nos estudian en la prensa”⁴, tenía razones para el escepticismo. Pero también es cierto que una parte de la vida decimonónica resultaría incognoscible para nosotros si no fuera por la prensa, aunque siempre haya que verificar datos y filtrar opiniones. A partir de ahí, y con ayuda de la literatura autobiográfica y epistolar, es posible ampliar, corroborar, y a veces rectificar la información, acudiendo a las fuentes archivísticas.

La mayoría de los periódicos del tercer cuarto del siglo XIX, de todas las tendencias, se hacen eco de las actividades del Liceo Piquer⁵. Por regla general, esas gaceti-llas, entre lo social y lo cultural, informan de sus actividades en tono amable y elogioso hacia los participantes, pero leyéndolas hoy no es difícil separar el grano de la paja y rescatar lo esencial entre la hojarasca de la adjetivación y de los cumplidos.

El Liceo Piquer nació de una necesidad: la que los amantes de las artes en general, y del teatro y la música en particular, tenían de reunirse en un ámbito común y que dio lugar a aquellos espacios de la comunicación literaria⁶ tan frecuentes en el siglo XIX.

El artista José Piquer

El escultor José Piquer, autor entre otras obras, repartidas por España y por el extranjero, de muchos bustos de sus contemporáneos (Ros de Olano, Juan Nicasio Gallego, el conde de Toreno, O'Donnell, Vicente López...), hubiera sido, de haber seguido su inclinación natural, actor⁷. Fue precisamente el pintor Vicente López

3. El Liceo Artístico y Literario había durado catorce años, de 1837 a 1851. El de Piquer, inaugurado en 1860, continuó existiendo tras la muerte de su fundador en 1871, y todavía hay constancia de funciones en 1885, auspiciadas por doña Emilia Llull, la viuda de Piquer, que ya en vida de su marido era quien se ocupaba de toda la organización de las funciones.

4. *La Ilustración Artística*, 4-VIII-1913.

5. Encontramos noticias sobre él en *La Época*, órgano del partido liberal conservador, dirigido, hacia 1863, por Mañé y Flaquer, marido de Concepción Gimeno; en *La España*; en *La América*; en *Las Letras y las Artes*; en *La Iberia* –progresista–; en *La Correspondencia de España*; en *El Contemporáneo*; en *La Violeta*, dirigida por Faustina Sáez de Melgar, que asistía al Liceo Piquer; en *La Discusión* –demócrata–; en *El Museo Universal*; en la *Revista de Bellas Artes*; en *La Correspondencia Teatral*, y seguramente en muchos otros periódicos y revistas que no he consultado. Porque aunque me sirvió de punto de partida en un primer momento *Veinticuatro Diarios*, la verdad es que ha sido también en otros muchos periódicos y revistas donde he hallado datos para reconstruir la historia del Liceo Piquer.

6. *Espacios de la comunicación literaria* es el título del volumen que recoge las conferencias de un seminario del mismo nombre organizado por Joaquín Álvarez Barrientos (Madrid, CSIC, 2002).

7. No fue la única vocación perdida para la escena. Recordemos que Ventura de la Vega, que en la década de los años veinte del siglo XIX participaba en representaciones como aficionado, llegó a firmar en 1832 un contrato

(que nos ha dejado un espléndido retrato de Piquer, hoy en el Museo de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando) quien le desvió hacia la escultura⁸. Pero no por ello disminuyó su pasión por el teatro, sino que fue en aumento, hasta lograr, ya en su madurez, construir uno dentro de su propio domicilio. A sus cincuenta y un años -había nacido el 19 de agosto de 1806- compró dos edificios contiguos, los números 30 y 32 de la calle Leganitos, y los rehizo, transformando uno de ellos en teatro. Cuando concluyeron las obras, él mismo facilitó una detallada descripción a Pedro Antonio de Alarcón y a Antonio Ferrer del Río, que publicaron sendos artículos en los que dan noticia de aquel museo del arte dramático, donde entre esculturas y pinturas estaba resumida toda la historia de la escena⁹. En su momento fue calificado de “verdadero templo del arte, no sólo plástico, sino literario (...), y un centro de reunión de toda la intelectualidad y preeminencia del Madrid de entonces”¹⁰.

Aunque escultor de profesión, Piquer era conocido sobre todo como *artista*. En el primer número de la *Revista de Bellas Artes* (7-X-1866) se decía del primer escultor de cámara¹¹:

El señor Piquer es un artista, en la verdadera acepción de la palabra, lejos de limitarse a su notable especialidad como escultor, en que ocupa con justicia los más elevados puestos en su carrera, se ha consagrado con gran fortuna al cultivo de otras manifestaciones del arte, rindiendo a todas verdadero culto; el señor Piquer a sus dotes en las artes plásticas que cultiva en sus dos grandes secciones del relieve y de los planos de proyección, a las condiciones de escultor eminente y pintor entendido, ha reunido la de actor notabilísimo cuando el estado de salud se lo consentía. No sabemos de cierto si nuestro amigo galantea en secreto a Euterpe y a Calíope, que no sería difícil, atendida su conocida intimidad con sus hermanas Clío, Melpómene y Talía, pero es lo cierto que rinde privilegiado culto a la música y a la poesía, y que su casa es un verdadero templo de las musas.

con la compañía de Juan Antonio Grimaldi, para actuar en Sevilla, pero el corregidor de Madrid y superintendente general de los teatros del reino impidió que abandonara la capital, por considerar más importante su trabajo como autor en Madrid que como actor en provincias (cfr. J. Montero Alonso, *Ventura de la Vega. Su vida y su tiempo*, Madrid, Editora Nacional, 1951, pág. 73). Ventura de la Vega daría cauce a sus aficiones teatrales no solo escribiendo para la escena, sino dirigiendo con frecuencia las compañías de varios teatros particulares, entre los cuales estaba el del Liceo Piquer.

8. Cfr. Marqués de Molíns, *Piquer y sus amigos*, Madrid, Tello, 1874, p. 118.

9. El artículo de Alarcón se publicó en *La Época* el 29 de enero de 1859; el de Ferrer del Río salió en *La América* el 8 de marzo del mismo año. A ellos remito a los interesados, aunque una descripción resumida del Liceo Piquer aparece en mi trabajo sobre los teatros particulares antes mencionado.

10. Curiosamente, Piquer no figura entre los socios del desaparecido Liceo Artístico y Literario, aunque sí participó en varias de sus exposiciones anuales.

11. J. Piquer y Duart, académico de Bellas Artes de San Fernando desde 1846 y profesor de dibujo y modelado, fue nombrado en 1858 primer escultor de cámara de la reina Isabel II. También se le galardonó con las encomiendas de Carlos III e Isabel la Católica.

A la muerte de Piquer, Joaquina García Balmaseda escribió: “Piquer era actor, Piquer era músico, y necesitaba que la música y la poesía ocupasen sus ocios, si ocios tiene una imaginación como la suya.”¹²

Es muy significativo que en su testamento Piquer dejara toda su fortuna, cuando falleciera su esposa, a la Real Academia Española y a la de Bellas Artes de San Fernando, a fin de que la primera creara con las rentas un premio anual para la mejor obra dramática estrenada cada año, y la de San Fernando concediera una pensión a artistas españoles para que pudieran trasladarse a perfeccionar sus estudios en el extranjero.

Pero un rasgo de su personalidad le configura además como la persona idónea para promover semejante empresa: una enorme necesidad de estima, que el marqués de Molíns, que le conocía desde su juventud, resalta en su discurso titulado *Piquer y sus amigos*:

La familia, la escultura, la declamación, he aquí las tres pasiones que... pero no, digo mal, Piquer no tuvo nunca más que una sola, la de ser estimado... extender esta estimación hasta la popularidad, consolidarla hasta hacerla inmortal, este es el afán, la sed insaciable de su alma. La pintura, la escultura, la declamación, no son sino manifestaciones de esa ansia inextinguible: si convierte su casa en Liceo, si se lanza en peligrosas navegaciones a remotos climas, todo ello no es más que arbitrios, apremios para arrancar a propios y extraños el tributo de aplauso que para su vida necesitaba.¹³

El local

El teatro Piquer –pronto Liceo Piquer– despertó interés incluso antes de existir, pues ya el 30 de junio de 1857 *La España* daba la noticia de que el distinguido escultor de cámara don José Piquer estaba construyendo un teatro, edificado a propósito, en un local de su propiedad, y que se habían concluido las obras de albañilería; estaba en curso la pintura del techo y la del telón, esta última encargada a Antonio Gómez, y se anunciaba que en ese bello coliseo trabajarían aficionados junto a profesionales del arte dramático. Las obras continuaron todavía entre mayo de 1859 y parte de 1860¹⁴, motivo por el que en este período apenas trascienden a la prensa sus actividades¹⁵.

12. *La Correspondencia de España*, 23-IX-1871.

13. Marqués de Molíns, *Op. cit.*, p. 141.

14. *Cfr.* Archivo de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, 124-21/6.

15. “Un teatro hay en la corte del que por su carácter reservado no nos atrevemos a hablar extensamente, solo diremos que se halla situado en la calle de Leganitos, y que tanto los notables artistas como la concurrencia son de lo más escogido de la sociedad madrileña” (Luis García Martín. *Manual de teatros y espectáculos públicos*. Madrid, Imprenta de Cristóbal González, 1860, pág. 67).

Las descripciones de Pedro Antonio de Alarcón y de Antonio Ferrer del Río, muy detalladas en cuanto al propósito de Piquer y a la ornamentación del pequeño coliseo, no hacen referencia al aforo, que sin embargo conocemos gracias a Carlos María Cortezo, que solía asistir cuando era joven, casi un niño, y que en sus *Paseos de un solitario*¹⁶ dedica un capítulo a evocar “El Liceo de Piquer”, al que califica de “teatrito minúsculo, coquetón y elegante”:

La sala del teatrito tendría una capacidad como para 150 o 200 personas, un piso platea ocupado por divanes corridos y una galería a la altura del [piso] principal, con butaquitas a la delantera, y dos filas de asientos detrás de ellas.

La imprecisión del aforo –de ciento cincuenta a doscientas personas- es comprensible porque en algunas zonas no había butacas, sino bancos corridos, y debía de ser frecuente que los ocuparan más personas de las que holgadamente cabían en ellos¹⁷. Cortezo recuerda que

como las localidades no eran numeradas ni reservables y se abría la sala poco antes de comenzar la fiesta, aglomerábase el público impaciente en una sala contigua a la del teatro y separada de él por un cuadro que corría dentro de su marco, dejando al descubierto un ingreso relativamente ancho. En los días ordinarios era aquella la sala en que recibía a sus amistades Emilia Piquer, y nadie sospechaba que detrás del cuadro pudiera haber puerta ninguna, dada la altura a que aquel parecía colgado; pero los días de representación se colocaba una gradería de cinco o seis peldaños que hacían desaparecer el desnivel del suelo de las dos salas.

Ossorio y Bernard, en su *Galería de artistas españoles del siglo XIX*, repitiendo literalmente las palabras de Joaquina García Balmaseda en la necrológica de Piquer, sintetiza la descripción del local diciendo que se trataba de “un teatro calificado como verdadera joya de gusto y de riqueza y en el que se ve escrita la historia del arte dramático desde sus tiempos primitivos por treinta y tres estatuas, relieves, retratos y alegorías, que hacen del salón una maravilla, visitada con interés por nacionales y extranjeros de distinción.”

La inauguración

El 8 de noviembre de 1859, en el número 3 de *Las Letras y las Artes*, su director, Julio Nombela, conjeturaba que al parecer “no tardará mucho en inaugurar su teatro el señor Piquer. Según nuestras noticias este teatro particular es notabilísimo como obra de arte. Es muy probable que honre Su Majestad la Reina su inauguración asis-

16. Madrid, Ruiz Hermanos, 1923.

17. Como puntos de referencia diremos que el teatrito que mandó construir en Palacio Isabel II tenía 300 localidades, y que de 300 a 400 tenía el del escultor Ponciano Ponzano, según testimonios de entonces.

tiendo a ella.” Efectivamente, el 2 de diciembre se anunciaba su inauguración para el 23 de enero de 1860¹⁸, pero la Reina no asistió entonces; habría que esperar hasta la noche, “histórica para el Liceo Piquer”, del 16 de marzo de 1863, como veremos más adelante.

La gestión

Aunque se trataba de un recinto privado, en el que tenían lugar reuniones animadas por un espíritu artístico, el Liceo Piquer se gestionaba como una sociedad¹⁹, con una junta directiva, distribución de tareas y cuotas de afiliación. Cortezo recuerda que “la sociedad del Liceo de Piquer se nutría de personas conocidas entre sí que, mediante mutua presentación y el pago de una pequeña cantidad mensual, sufragaban o ayudaban a sufragar los gastos de las dos funciones que quincenalmente se celebraban.” *El Contemporáneo* (23-III-1861) terminaba la reseña de una función diciendo que “los concurrentes se retiraron elogiando la buena dirección que preside a las funciones del Liceo, y la galantería y finura de los señores secretarios que, en unión de los socios de orden, atienden al bienestar de las señoras con la más exquisita urbanidad.” Y la secretaría de la sociedad insertaba en ocasiones sus avisos en la prensa.²⁰ Las funciones eran quincenales para los socios, pero no para el Liceo, que a mediados de la década de los sesenta, la de mayor apogeo, las celebraba todos los lunes para dos turnos diferentes de socios, cada uno de los cuales asistía dos veces al mes.

Socios y visitantes

A diferencia de otras sociedades semejantes, el Piquer no fue un simple teatro o liceo de sociedad. Asistía la aristocracia, pero allí se daban cita, sobre todo, artistas y amantes de las letras, de la música y de las artes en general, que no eran meros espectadores, sino también intérpretes. En la prensa se menciona la asistencia a las funciones de “todas nuestras eminencias artísticas y literarias” (*La Violeta*, 6-XII-1863). Fernández y González se refiere a los socios del Piquer como “una sociedad com-

18. Por aquellas fechas Piquer trabajaba en la estatua de Colón destinada a la ciudad de Cárdenas, que dio motivo a Pilar Sinués, una de las asistentes al Liceo, a una *Oda a don José Piquer, escultor*, publicada en *La Época* el 5 de noviembre de 1860. No fue la única. Con motivo del comienzo de la temporada de invierno, el 5 de diciembre de 1860, se leyeron las composiciones de varios poetas para una corona literaria a Piquer con motivo de esa estatua, que se vaciaría en bronce (*El Museo Universal*, 9-XII-1860).

19. “Con el objeto de reunir en dicho local lo más selecto de la sociedad madrileña y cultivar agradablemente las bellas artes, se ha formado la sociedad de que nos venimos ocupando.” (*El Contemporáneo*, 26-II-1861).

20. “El Liceo celebra sesión el lunes 7. Los billetes se repartirán a los socios en la secretaría el domingo, de una a tres. Pasadas dichas horas será inútil toda reclamación.” *La Época y La Iberia*, los días 5 y 6 de diciembre de 1863 respectivamente, insertaban este mismo aviso.

puesta de las jóvenes más bellas, de las señoras más respetables, y de los hombres más distinguidos por su posición y por su mérito”, pero destaca sobre todo que “aquel local está abierto para todo el que vale: allí, la primera categoría es el talento, si es que hoy, en una sociedad que en todas partes se mezcla, puede hablarse de categorías.” (*La Discusión*, 8-III-1863). Y Cortezo apunta que “durante algunos años no hubo poeta joven venido a la corte, o educado en ella, ni aficionado al canto, al piano o a la ejecución de instrumentos musicales, y sobre todo aficionado al arte dramático, que no se diese a conocer en el Liceo de Piquer.” Al lado de ellos era frecuente la asistencia de notabilidades extranjeras que se encontraban de paso en la capital²¹.

Sin embargo, pocos socios del Piquer habían pertenecido al Liceo Artístico y Literario (sólo Ramón Amérigo, José Güell, Juan Lombía y pocos más), lo que tiene su explicación, pues se trata de una generación más joven, y muchos de ellos todavía eran niños en los buenos años del Liceo del palacio de Villahermosa.

Entre los asistentes habituales encontramos muchos nombres conocidos en el mundo literario. Como recuerda Carlos Cambroner:

Allí se estrenó, en enero de 1863, la linda comedia en un acto, de Joaquina García Balmaseda, *Genio y figura*, en la que la autora representó el principal papel.

Ricardo Vega, hijo de don Ventura, interpretó concienzudamente la comedia de su padre *El hombre de mundo*, acompañado de Clotilde Lombía.

Ignacio Ovejero tocaba el órgano expresivo; su hermano Pepito, el arpa; Compta y Dámaso Zavalza, el piano; cantaban las señoritas Elisa y Carmen Güell; recitaban poesías María del Pilar Sinués, Bernardo López García, Picón, Marco, Grilo, Santisteban, el malogrado Arturo Santibáñez y nuestro querido amigo Castillo y Soriano (...) sin olvidar a Manuel del Palacio, cuyos discursos, disparatados a propio intento, hacían desternillarse de risa a los concurrentes.²²

También concurrían Faustina Sáez de Melgar, entonces directora de *La Violeta*; la Baronesa de Wilson, mientras vivió en Madrid; Ángela Grassi, a pesar de lo poco que le gustaba la vida social; Blanca de Gassó, que murió trágicamente en 1877; o la jovencísima Esmeralda Cervantes, que a sus catorce años dio un concierto de arpa el 1 de mayo de 1875 (*La Correspondencia de España*, 1-V-1875).

Tanto Joaquina García Balmaseda como Pilar Sinués, además de escritoras, eran actrices aficionadas. Pilar Sinués solía actuar en compañía de su marido, José Marco. Y Joaquina García Balmaseda – su interpretación de Clara en *El hombre de mundo*, de Ventura de la Vega, tuvo gran eco (*La Violeta*, 6-III-1864)-, fue la protagonista en el estreno de su propio proverbio *Genio y figura* (*La Iberia*, 6-I-1863)²³.

21. “El lindo teatro del Liceo Piquer que desde su inauguración ha recibido ya como partes activas o como espectadores a tantas eminencias; el reducido recinto que ha contenido toda clase de coronas, desde la Real de España hasta las del artista; que ha dado hospitalidad lo mismo a las bellezas de nuestra capital que a las pintorescas embajadas árabes y persas.” (*Revista de Bellas Artes*, 7-X-1866).

22. C. Cambroner, *Crónicas del tiempo de Isabel II*, Madrid, La España Moderna, s. a., p. 356.

23. Había estrenado esta obra en el Teatro del Príncipe el 6 de abril de 1861.

Faustina Sáez de Melgar decía de ella que era “uno de los más bellos ornamentos del liceo Piquer”, y su presencia es una de las más constantes a lo largo de los muchos años de vida del Liceo.

También frecuentaban el Liceo Piquer otras poetisas menos conocidas: Francisca Carlota de Riego Pica, que colaboró en *Las mujeres españolas, americanas y lusitanas pintadas por sí mismas* (Barcelona, Juan Pons, 1881) y que por entonces redactaba la crónica de salones de *La Violeta* o Natalia Boris de Oliveres, así como Clotilde Aurora Príncipe, la hija de Miguel Agustín, que sólo tenía catorce años en 1860.

Entre los escritores encontramos a Eusebio Blasco, Carlos Cambroner, Fernández y González, Gil de Santivañes, Antonio Grilo –uno de los poetas mimados en el Piquer, según Cortezo–, Manuel del Palacio, José Picón o Ricardo de la Vega. Muchos otros socios del Liceo, aficionados a representar, escribieron obras dramáticas más o menos afortunadas, y sus nombres figuran en los catálogos de dramaturgos de aquella época y en los repertorios de colaboradores en la prensa de entonces: Antonio Ávila, Andrés María Beladiez, Rafael Fernández Neda, José Marco, Álvaro Romea, Juan Tomás Salvany, Evaristo Silió, Félix Zarranz y otros.

Los artistas

Los actores e intérpretes aficionados contaban con el asesoramiento de profesionales, como Ventura de la Vega o el cómico Caltañazor, y no es raro hallar en los repartos a actores y músicos profesionales alternando con los aficionados: Ferri, el barítono del Teatro Real; Santes, primer tenor comprimario del mismo Teatro, o Joaquín Casella. Y en ocasiones componían la orquesta profesores del Teatro Real, como cuando se interpretó *La favorita*, a comienzos de 1864.

Algunos de los socios del Piquer llegaron a tener un nombre en el mundo de la música, como Dámaso Zabalza o Ignacio Ovejero, mientras otros fundaban su mérito en ser discípulos de maestros como Espín y Guillén, Monasterio o Inzenga.

Las actuaciones de artistas de fama internacional contribuyeron a la fama del Liceo Piquer. La famosa actiz Carolina Civili, que había llegado a España en 1864 con una compañía italiana, actuó en junio de 1865, en una función memorable, con la que se clausuró aquella temporada, a la que siguió un largo paréntesis en la historia del Liceo Piquer, porque no se reanudó después de aquel verano, como era costumbre, sino en septiembre de 1866²⁴. No obstante, cuando el 24 de septiembre de este año, *La Violeta* daba cuenta de la reapertura, no la había olvidado:

El bellissimo teatro de los Sres. de Piquer, que con sentimiento veían cerrado los amantes de las artes y la literatura, va en breve a reanudar sus amenas sesiones (...). Terminadas el año ante-

24. Es posible que el motivo fuera el luto por la muerte de la única hija del matrimonio Piquer, que también actuaba en el Liceo.

rior por la celebrada actriz Carolina Civili, comenzarán ahora por el eminente actor Sr. Rossi. El inspirado intérprete de *Hamlet* y de *Otello*, al visitar el Liceo ha accedido a la invitación que le han dirigido sus dueños y ha aceptado la dedicatoria de la primera función, que se celebrará en honor suyo, en la cual, además del gran actor, lucirán su habilidad algunos de los señores y señoras socios del mismo, que con su mérito han contribuido a la justa nombradía de que goza el citado Liceo. Oportunamente haremos saber el programa de esta notable función y la noche en que haya de tener lugar.

La presencia de Ernesto Rossi en el Liceo Piquer, que deseaba homenajearlo, fue un verdadero acontecimiento. La *Revista de Bellas Artes* (7-X-1866) dedicaba casi dos páginas a la reseña de esta *verdadera solemnidad artística*. El gran actor, sin rival en Europa en la tragedia clásica, y grande en la comedia y el drama, famoso por sus interpretaciones en obras de Shakespeare, se encontraba en España y fue invitado al Liceo Piquer, donde la noche del 28 de septiembre representó *Francesca de Rimini*²⁵, la obra con la que cosechó más triunfos, en el papel de Paolo. A pesar de que se trataba de una tragedia, género que no gustaba demasiado al público, éste se entusiasmó ante Ernesto Rossi y Pompili Trivelli en los papeles principales. La segunda parte de la función corrió a cargo de los aficionados del Liceo, que interpretaron el cuarto acto de *Il trovatore*.

La cartelera

Como en otros coliseos privados, la elección de las piezas estaba hasta cierto punto condicionada por las dimensiones del escenario, pero el del Piquer era bastante espacioso.

Las obras preferidas eran las de dramaturgos contemporáneos, que muchas veces estaban presentes e incluso tomaban parte en la representación. En la cartelera del Piquer hallamos *El anzueto* de Eusebio Blasco; de Bretón de los Herreros *Los hijos de Eduardo*, *Mi secretario y yo*, *El cuarto de hora*, *A la zorra candilazo* y *Los dos preceptores*; *La oración de la tarde* y *El amor y el interés*, de Luis Mariano de Larra; de Narciso Serra *Don Tomás* y *En crisis*; de Mariano Pina *A caza de divorcios*; de Rodríguez Rubí *De potencia a potencia*. Pero el mayor número de obras es de Ventura de la Vega: *La mujer de un artista*, *Miguel y Cristina*, *La vuelta de Estanislao*, *La familia improvisada*, *El hombre de mundo*, *Una ausencia...* Alternando con estas obras estaban las que escribían los propios socios del Liceo: *Genio y figura* de Joaquina García Balmaseda; *La frutera de Murillo* de Rafael García Santisteban; *Los dos Alarcones* de Arturo Santivañes; *El sol de invierno* de José Marco; *Un tigre de Bengala* y *Como marido y como amante* de Ramón de Valladares y Saavedra, etc.

25. Ernesto Rossi llevó esta obra de gira y en febrero de 1869 se representaba esta tragedia en cinco actos de Silvio Pellico en el Teatro de San Geraldo de Braga (Portugal).

Y aunque era frecuente interpretar fragmentos de óperas en casi todas las reuniones, de forma subsidiaria a las obras de teatro declamado²⁶, en los momentos de mayor auge del Liceo los socios aficionados se atrevieron con empresas más difíciles, como la puesta en escena de *Norma*, de Bellini, o de *La favorita*, de Donizetti²⁷, verdaderos hitos en la historia del Liceo Piquer.

Funciones extraordinarias

El estreno de *Norma* en la Cuaresma de 1863 fue determinante para que la reina Isabel II, aficionada a la ópera italiana y atraída por los elogios que había cosechado ese estreno, concurriera por fin, con la familia real, al Liceo Piquer. La acompañaban el Rey, los duques de Montpensier, el Infante don Sebastián Gabriel y el Príncipe de Baviera.

El motivo aparente era su deseo de contribuir personalmente con 4.000 reales de vellón al objeto de la función, que se celebraba a beneficio de la Sociedad de Socorros Mutuos de Artistas Españoles²⁸. Faustina Sáez de Melgar destacaba en *La Violeta* (22-III-1863) que era la primera vez que la Soberana asistía a la casa de un particular para contribuir a una causa benéfica y para honrar a las artes en la persona del escultor Piquer.

También tuvo carácter de acontecimiento, en la temporada siguiente, la puesta en escena de *La favorita*, de Donizetti.

Otras funciones extraordinarias estuvieron destinadas a recaudar fondos para paliar los estragos ocasionados por diversas catástrofes. La temporada del invierno de 1864 se abrió con una función destinada a recaudar fondos para los damnificados de las inundaciones que asolaron varios pueblos de Valencia, principalmente Alcira, y de nuevo asistieron los Reyes²⁹.

El 20 de abril de 1866 tuvo lugar un incendio en el Conservatorio, mientras el maestro Barbieri estaba ensayando. El edificio quedó en tal estado que era imposible la utilización de su pequeño teatro, pero se encontró la solidaridad del Liceo

26. Entre otras noticias de prensa: "Se vieron obligados los señores Lagallart y Roselló a cantar el dúo del *Caid*. Siguió otro dúo de *El trovador* por la señorita Cortina y el señor Manini, que fue muy aplaudida. Los señores Palacio y Picón leyeron dos poesías que agradaron mucho, terminándose la función con el aria del *Macbeth*, cantada con su acostumbrada maestría por la señorita de Cortina" (*El Contemporáneo*, 23-III-1861). "La simpática señorita de Güell [cantó] un aria del *Otello*, y un dúo de *El trovador*, en unión del señor Lagallart; y la señora Luján con los señores Oliveres y Manini, un terceto de *I lombardi*" (*El Contemporáneo*, 14-IV-1861).

27. Dos años después, en 1866, se pusieron estas dos óperas en el Teatro Real: *La favorita* (5 de noviembre) y *Norma* (24 de noviembre). Ninguna reseña en la prensa fue tan favorable como las que tuvo la *Norma* del Liceo Piquer.

28. Cfr. *La España*, 19-III-1863.

29. El importe de la localidad era de 30 reales (*El Contemporáneo*, 1-XII-1864). La asistencia de los Reyes no se anuncia hasta una fecha inmediata (*La Época*, 3-XII-1864, *La España*, 4-XII-1864).

Piquer, que cedió gratuitamente su local en atención al músico José Casella y a los aficionados que con él actuaron la noche del 13 de mayo³⁰.

Otro siniestro dio lugar a que en octubre de 1870 actuara cuatro días en el Liceo Piquer Faure Nicolay, físico prestidigitador y director del teatro de la ópera de París, recientemente incendiado. La recaudación de la primera función se destinó a los pobres de Madrid, y la de la última a los heridos de la guerra franco-prusiana.

Un mes después, reinando ya Amadeo de Saboya, fue una compañía italiana, dirigida por Mayeroni, la que puso en escena en el Liceo Piquer la comedia en 4 actos, de Teobaldo Ciconi, *La Rivincita*. También se trataba de una función benéfica, en este caso para ayudar a unos notables artistas perseguidos.

Y todavía en 1875 hay constancia de alguna función “para socorro de un infortunio” (*La Correspondencia de España*, 3-VI-1875).

En los años anteriores a la muerte de Piquer, cuando ya el escultor estaba enfermo, y en los inmediatamente posteriores, no es raro encontrar las tablas del Liceo Piquer ocupadas por los aficionados de otros liceos y sociedades, como el Ateneo de Señoras, que presidía Faustina Sáez de Melgar (octubre de 1869) o la sociedad de aficionados llamada Liceo Romea (enero de 1870).

El 29 de agosto de 1871, a los sesenta y cinco años, moría don José Piquer y Duart. El Liceo permaneció cerrado por el luto hasta comienzos de 1873, en que se reabrió con una solemne función de homenaje al que había sido su presidente y su promotor. Se estrenaron con este motivo obras inéditas de Fernando de la Serna y de Arturo Gil de Santivañes, que sustituyó a Piquer en la presidencia de la Sociedad³¹.

La necrológica destacaba que, cuando ya la enfermedad lo consumía, Piquer solo encontraba cierto placer en las reuniones de su Liceo: “Puede decirse que los últimos goces de su vida los debe a estas funciones de su Liceo Artístico, que no se hacían para el público, se hacían para él.”³²

En 1873, el Liceo Piquer era ya parte del panorama artístico y cultural de Madrid. *La Correspondencia Teatral* hablaba de aquel “histórico saloncito” en el que la viuda de Piquer continuaba proporcionando placer a sus amigos con sus reuniones, en las que, efectivamente, se puso en escena una vez más *El hombre de mundo* y se celebró el 23 de abril una solemne función en honor de Cervantes, en la que se estrenaron piezas inéditas.

Hacia 1875 empieza a ser habitual mencionar en la prensa a los maestros de los aficionados, que a veces también intervienen en las funciones. Monasterio accede a interpretar con sus discípulos y con el maestro Mangiagalli. Otro día es Inzenga con

30. *La Revista de Bellas Artes* anunciaba el 12 de mayo un “Gran concierto vocal e instrumental, por el violoncelista señor Casella.- Este concierto tendrá lugar mañana lunes, en el artístico Liceo de Piquer, cuyo elegante local ha sido cedido sin interés de ningún género por sus dueños, para esta sola noche, en vista del siniestro ocurrido en el Conservatorio, y por un acto especial de deferencia al señor Casella y a los distinguidos aficionados [del Liceo Piquer] y artistas que en su obsequio toman parte.”

31. Cfr. *La Correspondencia de España*, 9-III-1875.

32. J. García Balmaseda en *La Correspondencia de España*, 23-9-1871.

tres discípulas, una de las cuales, Emilia Reynel, llegaría a tener cierto renombre años después³³ (*La Correspondencia de España*, 3-II-1876).

Al final de los años setenta las actividades del Liceo Piquer pierden continuidad, aunque seguirá habiéndolas en la década de los ochenta³⁴. Pero los socios de la primera hora van envejeciendo y en 1884 fallecía su segundo presidente, Arturo Gil de Santivañes, lo que supuso un fuerte golpe para el Liceo Piquer, que pronto cerró sus puertas³⁵.

Conclusiones

Querría concluir esta apretada reconstrucción histórico-descriptiva de lo que fue el Liceo Piquer con algunas consideraciones suscitadas a lo largo de la investigación.

Si alguna vez el medio ha condicionado la creación artística, éste ha sido el caso de los liceos, y concretamente de uno de tanta actividad como el Piquer, cuya dinámica y actividades explican en gran medida las características de la obra poética o dramática de autores cuyo genio individual, en caso de existir, estuvo supeditado al ámbito en que se dio a conocer. Las convenciones sociales ejercieron una fuerte presión –por otra parte aceptada con gusto– sobre la creación artística, condicionando la individualidad creativa.

Por tanto, no es de poca importancia conocer estos ámbitos de reunión y las relaciones personales de quienes allí coincidían, para poder juzgar con objetividad su producción, no equiparable a la de otros escritores con los que comparten, sin embargo, páginas en las historias de la literatura.

Por otro lado, la reconstrucción de la historia de teatros particulares y liceos como el Piquer sirve para datar con exactitud algunas obras de las que suele conocerse la fecha de publicación o la de su estreno en teatros públicos, pero que fueron estrenadas con antelación en estos recintos privados.

En definitiva, la historia de nuestro teatro no se conocerá completamente mientras no se tengan en cuenta estos ámbitos teatrales privados en los que se concentró y cultivó de forma creciente la afición al arte dramático en la segunda mitad del siglo XIX.

33. Cfr. carta de José Inzenga a Barbieri, 28-IX-1879, en *Legado Barbieri*, tomo II, 1887.

34. *La Época* daba noticia de una función celebrada en el mes de abril de 1885 en la que, después de un sesión de canto y piano, se puso en escena *El sí de las niñas*. Entre los actores y actrices aficionados encontramos algunos nombres de la primera hora del histórico Liceo: doña Paquita fue interpretada por la señorita Ferrant, cuyos padres figuran entre los participantes en las funciones desde 1861; el señor Florit, socio de primera hora, interpretaba un papel secundario, etc.

35. Si no antes, las actividades del Liceo Piquer tuvieron que terminar en 1891. Emilia Llull y Mitjavilla, natural de Barcelona, falleció el 2 de febrero de 1891; tenía sesenta y tres años. Ella fue el alma del Liceo Piquer desde la muerte de su marido, aunque ya en vida de éste a ella se debía buena parte del éxito de aquella sociedad.